



De pie: Andoni Korta, Bittor Idiazábal, Xabin Lasa, Andoni Idiazábal, Koldo Mitxelena, Xabin Olascoaga, Lauren Inziarte. Sentados: D. Ignacio Etxeberria, D. Angel Albisu y D. Martín Lekuona. Primera fila: Eusebio Zubillaga y Telesforo Loitegi (24-5-1934).

ERA UNA GRAN PERSONA

PURI GUTIERREZ

EN el pausado desgranar de las horas de una tarde de verano, unos cuantos renterianos evocan la persona de Koldobika Mitxelena. Son amigos de la niñez, vecinos, paisanos: Andoni Idiazábal, Xabin Lasa, Germán Múgica y tres Mitxelenas que no son hermanos sino amigos: Agustín, Miguel y José Miguel.

Se les nota orgullosos por haber tratado con un hombre hoy considerado como una eminencia en el campo de la cultura; pero su evocación va soslayando su faceta intelectual para profundizar en la persona, en el amigo que conocieron y que ya no está con nosotros.

El primer recuerdo que aflora es el de un chiquillo que por culpa de una dolencia en las piernas se veía obligado a permanecer muchas horas tumbado al sol: «Su entretenimiento

favorito era dibujar indios. Y lo hacía muy bien». Pero aquello pasó, Koldo adquirió fortaleza física y con Andoni, Agustín, Miguel y Germán se iba al frontón a hacer atletismo: «No existían las instalaciones deportivas con que cuenta actualmente la juventud—explican—Nosotros mismos nos construimos un saltadero. Koldo no era de los que echaban mano de la pala, lo suyo era pensar, coordinar. Pero también le gustaba correr y solía hacer los 80 y los 100 metros».

A nadar iban a la presa del río Oyarzun donde más de un renteriano recibió su bautismo del agua y al igual que Koldo...«la primera vez, sin tener ni idea, se tiró desde arriba». O bien se zambullían en Capuchinos, cuando la ría subía, con la marea alta. «Era hacia 1930 y los chavales por entonces no íbamos a la playa de San Sebastián. No disponíamos de dinero para el tranvía y por otra parte teníamos otros lugares más cercanos para darnos el chapuzón. Lástima que ya para entonces comenzó a hacer acto de presencia la contaminación al traer la marea corchos, botellas y petróleo. También nos bañábamos en el Puerto y sobre todo en San Juan».

Hacían todos los amigos excursiones al monte y «nunca faltaba la tortilla de patatas y la bota de vino». El cine era otra de las pasiones de aquel tiempo y Koldo, a decir de sus amigos, se dejaba llevar por ella. Recuerda Agustín: «Había días en que nos veíamos hasta tres películas. Asistir a la sesión de las cinco y a continuación a la de las siete era bastante normal». También le gustaba el teatro y por supuesto la lectura. Andoni Idiazábal recuerda que Koldo le dejó «Los tres mosqueteros» cuando era chaval y todos coinciden en que no perdió al llegar a adulto su afición por las novelas y por las películas policíacas o de espionaje. José Miguel Mitxelena, por su encargo, le traía siempre los nuevos títulos que iban apareciendo en la «serie negra» francesa.

«Los más amigos de él íbamos a las Escuelas Públicas—recuerda Miguel Mitxelena—y Koldo estudiaba en los Frailes. Por sus compañeros de clase sabíamos que los estudios para él eran algo fácil, que siempre sacaba sobresalientes».

«El siempre estuvo por encima—matiza Andoni Idiazábal—tenía doble de materia gris que todos nosotros juntos. Resultaba imposible subir a su mundo; pero jamás supuso ningún problema de comunicación, porque él bajaba al nuestro y se ponía a nuestra altura».

Se cantaba mucho por aquellos años y toda la cuadrilla formó parte del coro que organizó don Bernardo Aurkía. Pero si cantar era fácil no lo era tanto bailar. Llegaban las Magdaleñas y el único que estaba en disposición de pedir «favores» a las chicas en la Alameda era Miguel Mitxelena. Se dispuso éste a enseñar a bailar a sus amigos y todos se fueron a Ventas de Irún. A Koldo, como a los demás, le dió este consejo: «Coge a la chica y tú todo para adelante. Cuando llegues a la pared, te das la vuelta». Mejor o peor, aprendieron. El pasodoble era el ritmo más fácil. También bailaban el vals y la habanera, pero cuando sonaba el tango no se atrevían con él.

Están acordes los amigos de Koldo en que se promovían entre ellos grandes discusiones y en que él se acaloraba y enfurecía con facilidad. No recuerdan temas concretos: «Discutíamos por todo. Nos gustaba discutir. A los pocos minutos la amenazadora tormenta se disolvía como un azucarillo en el agua».

Koldobika era hijo único y su familia muy reducida. Comenta Xabin Lasa que parecía añorante de afectos familiares: «A los Elissalt, de Lezo, que eran sus únicos parientes les apreciaba vivamente y le gustaba mucho irles a visitar».

Recuerdan a Koldo mostrando sentimientos abertzales, nacionalista desde siempre y preocupado por los problemas sociales. El sacerdote don Martín Lecuona fundó la Agrupación Vasca de Acción Social que en Rentería reunió a un grupo de jóvenes inquietos y a ella se vinculó la cuadrilla de amigos.

«Luego vino la guerra y todo empezó a ser distinto». Germán Múgica recuerda el bautismo de fuego en el monte Andatza y cómo salieron con vida gracias a Saseto el jefe militar que les guiaba. «Saseto siempre andaba subido en la trinchera, de pie, con los prismáticos. Nosotros, novatos, agachados, con la cabeza inclinada. Hasta su ayudante. Ya le dijo a éste: ¡Qué seremonioso te has vuelto!...»

... Pero un día, más adelante... varios oficiales heridos... y un mando le coge a Koldo y allí, en una loma, sin protección, mirando con los prismáticos. «Koldo que estás haciendo el indio—pensaba yo—. Los dos debían tener miedo. Y Koldo, seguro. Pero allí aguantaron. De pie. Me acordaba de Saseto».

Otro recuerdo de Koldo en sus amigos: «Su risa sarcástica, burlona, capaz de reirse de su propia sombra».

Más de una vez solía traer a colación el ataque a Villarreal, planeado «por un valiente escritor y un culto coronel» en el que se encontraron con un río que no aparecía en el mapa de operaciones.

Durante la guerra, en Lequeitio, en el convento de los Benedictinos, Luis Mitxelena comenzó a estudiar latín ayudado por algún libro que encontró en la biblioteca. Después, en la cárcel, «también con los libros solía andar»—según recuerda Múgica—. El interés por la lingüística, la decisión de dedicarse a ella nació y se fortaleció en los cinco años que permaneció en la cárcel.

Agustín Mitxelena tiene muy presente la tristeza de la madre de Koldo durante aquellos interminables años. Solía ir muchos ratos a hacer compañía a la solitaria madre del amigo y leía con ella las cartas que el ausente escribía cada semana.

«Al principio Koldo escribía en euskera, pero yo mismo le pedí que lo hiciera en castellano. Por entonces en casa hablábamos en euskera, pero no en la calle. Nos resultaba más difícil la comunicación y sobre todo en la forma escrita».

Agustín fue testigo de la dura espera. Y de aquellas cartas que mostraban los malos ratos pasados y las pequeñas ilusiones vividas, como aquella en la que los presos, habiendo formado un coro, salieron a cantar a la catedral de Burgos. Testigo también de la gran satisfacción que recibió la mujer cuando supo que el hijo había sido indultado.

Grande fue la alegría de los amigos cuando Luis volvió al pueblo. Pero tropezó entonces Koldo con el problema de la falta de trabajo, encontrándolo al fin en Madrid, como contable en una empresa de maderas. Por sus contactos políticos en la clandestinidad acabó de nuevo en la cárcel, esta vez en Alcalá de Henares. «¡Qué gran disgusto el de la madre!».

Xabin Lasa pudo visitarle una vez en Alcalá gracias a las recomendaciones de altas jerarquías eclesíásticas. Una comunidad religiosa femenina atendía el servicio doméstico de la prisión y la superiora le comentó a Xabin: «¡Qué pena de chico! ¿Cómo se ha metido con esos anarquistas? Si yo le veo comulgar de vez en cuando...».

Alguien comenta que en la cárcel algunos iban a comulgar dos veces para poder desayunar por partida doble. «¡El no haría nunca eso!»—defiende apasionadamente José Miguel Mitxelena que ha vivido cantidad de años como vecino de Koldobika—Koldo era un hombre creyente. Para mí que si iba a comulgar era por una exigencia de su vida de fe cristiana. En ocasiones ha sido crítico con algunas instituciones de la Iglesia Católica y se le ha podido tener por anticatólico, pero por las conversaciones mantenidas con él y sobre todo por su vida, me atrevo a defender que Koldo era un hombre de fe».

Volvió al fin al «txoko» flojo de salud, delicado del estómago, y picado por otra parte por la pasión de la filología. Amanete de la palabra, apasionado por la esencia del euskera. Daba clases en Irún para poder vivir, pero su mayor fruición consistía en charlar con personas mayores buscando resolver o matizar múltiples cuestiones sobre la lengua materna. Su propia madre le ayudaba mucho, pero no era raro encontrarle charlando con hombres como Nicanor Albisu o José Goñi. «El tema de sus conversaciones solía ser de índole similar a, si la F de Fandería no habría sido antes una P. Cuando estaba hablando con una de estas personas, los demás desaparecíamos».

«Tenía una memoria privilegiada—dicen—, te contaba entera una novela que habíamos leído a los quince años».

No le gustaba dar conferencias, aunque las haya dado, y en diferentes idiomas. En opinión de Múgica «No era tan bueno dando conferencias. Yo solía ir al principio, me gustaba porque era Koldo el que hablaba... pero para mí eran un rollo...».

En esta rememoranza sobre el amigo hay un reconocimiento de que se produce un cambio en las relaciones: «Quería hacer muchas cosas a la vez—dice Agustín Mitxelena—ibas a su casa y le encontrabas en el suelo con veinte libros. Tenías la sensación de que le distraías, de que le estorbabas, y te ibas retirando».

La vida le arrastraba a otras actividades. Se había casado, tenía una familia. Ahora se relacionaba con catedráticos y personalidades de la Cultura. Era una autoridad en la Universidad de Salamanca y bastante más conocido en el extranjero que en su propio pueblo.

«En cierta ocasión, Holmes, un lingüista sueco que deseaba hacerle alguna consulta, casi tiene que irse de Rentería sin verle porque nadie en el pueblo le daba razón de Koldobika Mitxelena».

No sólo suecos sino hasta japoneses han solido venir a ver a nuestro importante paisano que para entonces dominaba varios idiomas. *«Hace pocos años, siendo alcalde Ramón Múgica, un día de Magdalenas, después de misa mayor, le llamó con urgencia porque los componentes de un circo de nacionalidad alemana tenían problemas con la carpa que les iba a obligar a suspender el espectáculo. Fue Koldo a hacer de traductor y las gestiones le llevaron tanto tiempo que su familia se impacientaba, sentados a la mesa en aquel día de fiesta. A la vuelta les aplacaba diciendo: Si hubiéramos estado nosotros en un país extranjero ¿No nos hubiera gustado que alguien nos ayudara?».*

«En otra ocasión le pidieron ayuda de la biblioteca de la Diputación donde había llegado un escrito en un idioma no visto por allí hasta entonces. Después de traducirlo, Koldo aclaró que estaba escrito ien arameo!».

A pesar de que su conocimiento intelectual se hallaba en un plano diferente al de la mayoría de sus paisanos *«Era un hombre sencillo. Se adaptaba. No hacía alarde de lo que sabía».*

Por otra parte, *«En sus costumbres se observaba cierta influencia inglesa. Que no faltara su café ni su té con pastas. Era comodón. Trasnochaba. Y no le gustaba madrugar. Además echaba su siesta y no quería que durante ella se le molestara. Tampoco a la hora del baño que para él casi era un ritual. Decía que el baño ideal debería contener un atril para el periódico, y el cigarro».*

Como todo hombre grande o pequeño, Koldo Mitxelena debió tener sus fallos y limitaciones humanas. Mas cuando alguna de ellas aflora en la conversación, siempre sale alguno de sus amigos a defenderle: *«Sí, hay quien le achaca mal genio, intolerancia, pero es que era un hombre que estudiaba los problemas en profundidad y los defendía con toda vehemencia. Convencido».*

«Era, sí, impulsivo. Hasta violento. Es verdad. Pero tenía un gran corazón, una impresionante sensibilidad humana. Apenas hablaba con la gente. Saludaba y nada más. Parecía absorto, desentendido del mundo exterior, pero en cuanto conocía que alguno tenía un problema, si él podía ayudar se volcaba. Fuera quien fuera».

Recuerda José Miguel Mitxelena un accidente de automóvil ocurrido en la calle Arriba: *«Para cuando los demás vecinos, al oír el ruido, nos asomamos a las ventanas, Koldo ya salía corriendo, el primero dispuesto a ayudar sin pensarlo dos veces...».*

«Sí. Era una gran persona...». Asienten Andoni, Agustín, Miguel, José Miguel, Xabin y Germán mientras la tarde se diluye preñada de nostalgias.





Primera Comuni3n.



*Koldo Mitxelena
con una cuadrilla de amigos (12-01-36).*

En el frente de Villarreal.



En la prisi3n de Burgos.





Homenaje a Koldo Mitxelena, tributado en el Ayuntamiento de Rentería, con motivo de su nombramiento como miembro de número de Euskaltzaindia (22-01-1961).



Koldo Mitxelena en «Itzea». A su izquierda: Pío Baroja, Angel Irigaray, Antonio Arrue y Julio Caro Baroja.

Mitxelena con Jorominas y sus amigos.





Koldo Mitxelena en un acto académico con Maite Etxenike, catedrática de la Universidad de Valencia.

Koldo Mitxelena, profesor.



Koldo Mitxelena en su nombramiento como doctor **Honoris Causa** en la Universidad de Burdeos (15 de junio de 1982).



Nombramiento de Koldo Mitxelena como profesor emérito de la Universidad del País Vasco.



Recibiendo el premio «Príncipe de Asturias».



Edición póstuma de una obra de Koldo Mitxelena traducida al inglés.